

## AFROAMÉRICA CRISOL CENTENARIO

Luz María MARTÍNEZ MONTIEL

La llegada de Cristóbal Colón a América abrió una etapa en la historia de la humanidad, también inició el nuevo orden económico mundial y la era de los imperios transcontinentales. En este contexto es imprescindible subrayar que, por lo menos, hasta la primera mitad del siglo XIX, una de las consecuencias fundamentales de la conquista y la colonización del Nuevo Mundo por los europeos es la relación económica social y cultural permanente e ininterrumpida entre Europa y el África Negra en los escenarios de América; aunque los viajes de Colón y el dominio de la isla de La Española sellan el violento y fatal encuentro, para unos, feliz para otros de los cuatro mundos, el hecho relevante es que a partir del siglo XVI el traslado forzado de millones de africanos, cuantitativamente más numerosos que cualquier otro pueblo del Viejo Mundo llegado al nuevo continente, condicionó las relaciones étnicas y económicas entre los tres continentes: Europa, América y África.

José Andrés-Gallego\* plantea en las líneas del Proyecto Afroamérica, la tercera raíz, la guía temática teórica y metodológica que se ha procurado seguir en la coordinación de esta serie monográfica. En esta parte introductoria retomamos sus planteamientos para cimentar algunas propuestas de carácter académico que hace falta plantear en el seno de las universidades iberoamericanas respecto a la investigación y enseñanza de nuestra historia cultural, y el ocultamiento de la presencia africana, en general en la historia oficial.

\* Las propuestas sobre el impacto de la esclavitud proceden de un intercambio de ideas con José Andrés-Gallego, director del Proyecto Afroamérica, la tercera raíz, Fundación I, Madrid, Mapfre-America, Instituto Histórico Tavera, 1995.

Investigaciones históricas recientes han confirmado la presencia de negros africanos en el sur de España desde los tiempos anteriores a Colón.

Entre otros documentos, se han transcrito libros parroquiales de iglesias andaluzas que, a finales del siglo XV y comienzos del XVI, revelan la existencia de numerosos negros; también se afirma que en los viajes de Cristóbal Colón venían en las naves tripulantes negros, lo que denota que ya desde esa época era una población ampliamente integrada a la vida de la península. Estas afirmaciones permiten dar por cierto algo que era dudoso, también Cortés y Pizarro trajeron negros para la empresa de la Conquista de América.

En 1518 se transportó un numeroso grupo de negros africanos a La Española, traídos directamente desde África; el último cargamento de la “mercancía de ébano”, del cual hay pruebas fehacientes de que fue desembarcado, según los historiadores cubanos, en abril de 1873, y trasladado al ingenio de Azúcar de Juraguá en el sur de Cuba. Es decir, que, sin contar el arribo individual de negros africanos, antes y después de estas fechas, el comercio de esclavos duró aproximadamente 355 años, y el número que llegó a América se calcula en no menos de 25,000,000.

Ningún otro proceso migratorio en el mundo alcanzó, por entonces, una dimensión igual. A esta cifra hay que agregar un alto porcentaje de muertos en la travesía, y otro monto indeterminado, pero indudablemente elevadísimo, de fallecimientos en el proceso desintegrador de las sociedades africanas por las cacerías de hombres e, igualmente, debe considerarse un número aún no calculado de esclavos introducidos por el comercio clandestino o contrabando.

Aunque concentrados principalmente en la amplia zona del sistema americano de plantaciones en el Caribe, Brasil y Estados Unidos, la presencia de los africanos está en todo el territorio americano, no hay región del continente, ni sector social, ni actividad económica alguna que no esté marcada por su huella. Esto significa que no es posible el estudio y la comprensión de la realidad americana sin el análisis de la presencia y aportes africanos. En el terreno cultural, el impacto de la esclavitud africana en América es, por lo tanto, uno de los factores más importantes en el proceso de formación continental. Cualquiera que sea la perspectiva desde la que se analice, histórica, étnica, demográfica, económica y social, lo que marca de manera más profunda la conformación americana es haber sido el crisol étnico en el que la aportación negroafricana es una de

las tres más importantes, en conjunto, tanto o más que la indígena (según el país de que se trate) y, demográficamente, más que la europea. La comprensión histórica de América exige, pues, el conocimiento del impacto cultural negroafricano. Aun siendo semejante en su trascendencia al mestizaje entre indígenas y europeos, el que se produce entre negros e indios o entre negros y europeos llamado afromestizaje, no ha tenido la misma atención por parte de los estudiosos. El estudio de la población en la historia de América no desconoce la presencia de los africanos, pero ha privilegiado ciertos aspectos de la vida de la población afroamericana que se relacionan con el problema de los derechos humanos y las diversas formas de explotación que se han dado en América. Pero, mientras a la población indígena se le considera como el sector propietario desposeído de sus territorios naturales, al negro se le analiza, sobre todo, como un intruso forzado a serlo a causa de la esclavitud. De ahí que se ignore la aportación negra altamente positiva y creadora a la cultura americana ya acumulada durante cinco siglos. Desde esta perspectiva se puede afirmar que la configuración de lo que es hoy América no se debe sólo a la alteración o transformación de sus raíces indias por la acción europea colonizadora, sino que también deben incluirse los injertos de africanía que se arraigaron en la población desde los primeros años de su mestizaje. Éste es uno de los aspectos que en el Proyecto Afroamérica-México se pretende impulsar con el estudio de nuestra tercera raíz africana.

Las aportaciones negroafricanas, en general están vinculadas a la esclavitud. Los cronistas de Indias dejaron su visión de esta migración forzada que transforma el Nuevo Mundo. Teólogos como Francisco de Victoria, Domingo de Soto, Gregorio López, Domingo de las Cuevas, Martín de Azpilicueta, Diego de Covarrubias, Melchor Cano y otros, individualmente, o en el Concilio de Trento, se vieron obligados a enfrentar el tema de la esclavitud africana y la presencia del negro, libre o esclavo, en la nueva sociedad en formación. Hoy en día, economistas, sociólogos, demógrafos, estudiosos de la cultura, psicólogos, juristas y, en fin, sabios de todas las ramas del conocimiento, incluyendo poetas, novelistas, pintores y músicos, se interesan por el tema.

En los Estados Unidos el estudio del negro ha sido, quizá, uno de los más tratados por la historiografía y la sociología en los años que siguen a la Segunda Guerra Mundial. La visión de las ciencias sociales en Norteamérica ha dado prioridad, en general, a la base cuantitativa sobre la cual

se construyen los problemas a resolver. Entre ellos el de la familia negra, que, en general, es tema de la sociología como un problema permanente de integración conflictiva; el negro sigue siendo objeto de discriminación y marginación, mantiene el estigma de la criminalidad, y la sociedad blanca que conserva el modelo anglosajón le concede muy pocas veces la igualdad.

Recientemente, y con motivo del centenario de la abolición de la esclavitud, primero en Cuba y después en Brasil, ha tenido lugar una nueva época de investigaciones. Surge, así, una afirmación que tiene relación estrecha con la conmemoración del Quinto Centenario: ha llegado la hora de analizar más profundamente la conformación de la sociedad americana en su triple dimensión india, europea y africana.

En su implantación en las sociedades americanas, el negro africano fue siempre un componente no sólo físico, sino también cultural. Entre 1492 y 1873, el flujo africano a América fue, como ya se sabe, mucho mayor que el europeo y, en ciertas regiones como el Caribe, los esclavos sustituyeron totalmente a los indígenas americanos, quienes, en general, fueron más numerosos que éstos. Ello no implica, en modo alguno, desarrollar una tarea infructuosa de cuantificar los aportes culturales de unos y otros; significa que estamos ante un componente humano generado por un proceso de interculturación que reunió en el mismo escenario a la humanidad existente en varios mundos, encuentro del que se derivarían las sociedades americanas. Este hecho no puede ser minimizado a la hora de entender la realidad del Nuevo Mundo. Aparte de que en la construcción de América, al exigir la cacería de esclavos negros para la explotación económica del Continente, determinó, a su vez, la desestructuración de gran parte de las sociedades africanas.

Por tanto, no se trata sólo de ampliar el estudio americano mediante la inclusión de la temática del negro, es decir, sistematizar una nueva lectura o contralectura del pasado que produzca una visión coherente de la interrelación de América y África que, necesariamente, significó cambios profundos para los tres continentes. El que esta interrelación estuviera motivada, casi exclusivamente, por intereses económicos y que fuera impuesta y no libremente originada, orienta el enfoque del problema. El africano está en América porque fue forzado a dejar su hogar ancestral para servir a otros como esclavo, y en un espacio cultural y geográfico totalmente extraño a él.

Se ha insistido en que la historia y la interpretación cultural de América han estado dominadas por el peso profundo del eurocentrismo, cuya secuela todavía padecemos, por eso la esclavitud africana ha sido reducida a un dato demográfico o económico, derivado de la óptica que dejaron los mismos negreros que sólo veían en el africano una “fuerza de trabajo” y una cifra que aseguraba la plusvalía de la compraventa de esclavos. Aunque parezca mentira, hay docentes en las universidades de toda América que consideran que “los negros no tienen historia”.

En otra dimensión, para la sociedad blanca, todavía en los Estados Unidos de Norteamérica el negro era “un problema de integración”, lo mismo que la población india. En los libros de la cultura dominante, las sociedades aborígenes pierden su historicidad y son tratadas en la sociedad criolla como “el problema indio”; hasta la fecha esto se constata en México, Guatemala, Bolivia y otros países de población mayoritariamente india.

Fue ésta la visión que imprimieron los conquistadores para explicar la conquista y la colonización; la que adoptaron los criollos blancos de la clase dominante para justificar la separación de España y legitimar su poder en los países independientes, en los cuales la cultura dominante siguió siendo la de los hijos de europeos e, igualmente, la que emanó de los nuevos centros de dominación neocolonial después de haber obtenido la separación de las metrópolis, y que continuó predominando, sobre todo, en el complejo anglo-francés-holandés del Caribe.

La conmemoración del V Centenario puso el acento en las sociedades autóctonas americanas; por ello, se hace imprescindible, entre nosotros, el análisis de las sociedades negras y toda la rica interacción entre ambos pueblos y los europeos, pues sólo así se completa la reflexión sobre la cultura americana. No se trata de una tarea nueva, sino de vigorizar los programas que están en marcha e insistir ante las organizaciones internacionales para multiplicar los esfuerzos en la creación de centros de investigación y museos regionales e interregionales de las culturas afroamericanas. Los logros que culminen con estas instituciones permitirían, al mismo tiempo, la creación de los productos culturales de síntesis y resumen: los libros, discos, cine y otros medios para que se reconozca uno de los componentes fundamentales de la población americana, más allá del prejuicio y del olvido.

En una reunión (1992) en México, expresábamos que el fin del siglo XX estuvo marcado por las luchas étnicas en el mundo entero. El culto a

la tecnología ha creado la desigualdad social, la pobreza, el subdesarrollo, la explotación de las masas campesinas y obreras, que son el origen de los conflictos nacionales internos, generadores de violentos antagonismos. Las diferencias étnicas, manipuladas por los grupos en pugna por el poder, han desembocado, en algunos países, en guerras civiles con su secuela de drásticos cambios en las sociedades, y miles de muertes ante la indiferencia o la impotencia internacionales.

Actualmente, como en el siglo XVI, hay etnias que mueren violentamente, poblaciones enteras en vías de extinción; los actos de genocidio se multiplican en un mundo altamente tecnificado. Con frecuencia, el *shock* biológico —bacilar y viral— entre poblaciones que entran en contacto repentino causa un descenso considerable en la demografía. A causa del ecocidio generalizado en el planeta, numerosos grupos étnicos se extinguirán antes de alcanzar su florecimiento y expansión cultural; otros más, privados de sus derechos durante siglos, están en pie de lucha impugnando las estructuras políticas y mentales que pretenden mantenerlos en la marginación, la opresión y la negación de sus valores. Éstas son las condiciones en las cuales la mayoría de los pueblos afroamericanos e indoamericanos mantienen su resistencia cultural, aferrados, ante todo, a su herencia ancestral.

Roger Bastide llamó Las Américas negras a las culturas creadas por los africanos y conservadas por sus descendientes. Otros empleamos el término Afroamérica en el mismo sentido, abarcando desde el nivel de la estructura económica hasta el de las representaciones colectivas, es decir, todo aquello creado por el hombre negro americano; técnico de producción y formas de trabajo, sistemas de conocimiento, de pensamiento, artes y lenguas que, en su conjunto, constituyeron el universo cultural de los pueblos afroamericanos.

Los movimientos culturales en América nos conducen hacia el reconocimiento de nuestras raíces; a medida que asumimos nuestra identidad, somos, al mismo tiempo, más específicos y más universales. En la actualidad, las culturas afroamericanas regresan a sus orígenes, se vierten en las africanas en una nueva fusión ancestral. Esto es reflejo del dinamismo y el anhelo que inspira el mundo moderno de los pueblos pacíficos, aquello que fue creado por la fuerza puede ahora, pacíficamente, ir al encuentro de su raíz.

Pero no se puede pretender la autonomía de las culturas afroamericanas, pues por muy distintas que parezcan son inseparables del campo cultural global, en el cual y en relación al cual, se configuran y se desarrollan de manera particular. Afroamérica designa algunas formas específicas que integran la cultura global americana. De ahí que se insista en que toda cultura o subcultura se inscribe en un sistema de intercambio en el que se efectúan los procesos de asimilación, influencias y oposición.

Se ha procurado que en esta serie la singularidad e importancia de las culturas populares afroamericanas se aborde con un enfoque interdisciplinario, en el cual la historia, la sociología y otras disciplinas, como la antropología, den su versión sobre los modelos culturales implícitos y explícitos que reglamentan la conducta y los valores de esos grupos. Estos sistemas, considerados microculturales en relación con la cultura mayoritaria, han desarrollado mecanismos de retención de lo africano, conformando así la dinámica que los singulariza.

Desde las primeras décadas del siglo XVI queda registrada la presencia histórica del africano en América; el número de hombres y mujeres que fueron arrancados al continente africano ha sido múltiples veces discutido, según Du Bois, es de 15,000,000; De la Ronciere señala 20,000,000; un cálculo que incluye a los que morían en los barcos negros, durante la travesía (35%), en los depósitos de esclavos en las costas africanas (25%), o bien en el trayecto del interior del continente a los puertos de embarque (50%) e, incluso, en las cacerías de los traficantes (50%), eleva la cifra de los sacrificados. Según los últimos estudios, llegan a América 20,000,000, lo que significa para algunos demógrafos, que fueron apresados, esclavizados o asesinados, 385,142 negros africanos todos los meses, es decir 1,056 diariamente, durante los casi cuatro siglos que duró la esclavitud. A haber recibido esa enorme fuerza de trabajo y esa presencia cultural tan importante, nuestra deuda con África es infinita.

Si nos remitimos a la demografía, tomemos el caso de México. Los esclavos introducidos por la costa atlántica principalmente, al ser factor de mezcla racial además de mano de obra, llegaron a constituir en su descendencia amplios sectores que conformaron la base del mestizaje mexicano. Así ha quedado plenamente demostrado en las recientes investigaciones sobre la población colonial de diversos estados de nuestra república, en los que se confirma la presencia africana y sus aportaciones en el

mestizaje, la demografía, la economía, y como factor de mezcla en la estructura social y la cultura. El hecho de haber conservado, en mayoría, a la población indígena, el área mesoamericana en su conjunto representa un mestizaje en el que el negro fue mas numeroso que el español,

En cuanto a los niveles de africanía en las culturas afroamericanas debe considerarse que la red de relaciones que se desarrolló entre América y África a lo largo de los siglos de esclavitud, y en los subsecuentes después de las independencias de los países americanos en el siglo XIX, y de los africanos en el XX, derivó en un complejo sistema de sobrevivencias, nuevas influencias e intercambios en todos los niveles de la cultura. La presencia africana como factor histórico, de hacerse consciente, podría constituir una fuerza integradora entre los países de América Latina y el Caribe. También en los Estados Unidos, sólo para hacer una breve referencia a este caso, ha sido ampliamente reconocida la contribución africana como elemento formativo y punto de partida en la tradición cultural. Los afroamericanos recrean lo que se ha llamado, en un lenguaje especializado, el *folk-life*, es decir, la síntesis de rasgos africanos y europeos legitimados en América, y por lo tanto original, con una forma de lenguaje que al paso de los años alberga formas, estilos y estructuras propias.

La música y el ritmo siguen siendo un componente esencialmente integrador en África y por herencia, en América; en todas las culturas de los dos continentes son dos elementos indispensables de las actividades comunitarias, sociales y religiosas. En Estados Unidos tienen esa función: acompañar los actos de la población afro y por extensión o adopción la de los anglos también.

Esta tradición forma parte de las relaciones culturales, siempre vigentes entre África y América. Es un hecho muy reconocido que en el proceso de la creación cultural en América Latina y el Caribe se han producido formas y técnicas musicales de origen africano adaptadas e incorporadas a las sociedades locales, que patentizan el mestizaje en el desarrollo cultural entre pueblos y países de origen común. Éste es tema de una nueva historia cultural.

En la tradición oral y el valor de la palabra residen otros rasgos que revelan afinidad entre los descendientes de africanos; se manifiesta en lo que se llama en nuestro continente la “cultura criolla”, que (permea) todas las clases sociales. A dicha tradición debe dársele preferencia en la nueva historia cultural. El estudio de la literatura popular y de la tradi-

ción oral es fundamental para reescribir la historia de las sociedades afroamericanas. Hasta ahora, esta fuente de valor inapreciable ha sido explorada bajo ángulos diferentes, según las disciplinas de los estudiosos que se han interesado en ella. Los folcloristas han visto en estas formas de expresión colectiva sobrevivencias de otras ya desaparecidas; los etnólogos las interpretan como un reflejo de la sociedad contemporánea y de un modo de enseñanza o de transmisión de los valores de grupo; los psicólogos, en fin, las explican como medio para expresar aspectos psicológicos del inconsciente colectivo.

Reescribir la historia cultural de nuestra América es un imperativo que se hace más urgente en este momento de revaloración en ocasión del V Centenario de la llegada de los europeos a nuestro continente. La proyección de América en el Viejo Mundo, y en África misma, se realiza ya, en un flujo de retorno, no sólo mediante las ideologías, sino a través de las artes como la danza y la música. Entre los factores que deben integrarse a esa nueva historia, dos son propietarios: los lazos genéticos y culturales que unen a los pueblos de África y América, y el incontestable pluralismo cultural de nuestras sociedades actuales que tuvo su origen en el mestizaje.

La idea del pluralismo implica, en relación con la cultura, el rechazo a toda definición elitista; la afirmación del patrimonio colectivo da reconocimientos a otras nociones que se derivan de ella, como la de “culturas populares”, que, sin establecer jerarquías, definen los componentes específicos que dentro del conjunto total son del dominio de amplios sectores sociales. La cultura, al ser enseñada y aprendida como un sistema de obras, modelos de referencia y normas, obliga a que en la política educativa y de difusión cultural se tomen en cuenta las particularidades de los diferentes medios sociales que producen sus formas específicas de cultura.

La historia, al incorporar la raíz africana, hará más comprensible el mestizaje como proceso global que produjo, además del crecimiento de las fuerzas productivas, una pluralidad de bienes culturales: lenguas criollas, tradiciones orales, religiones sincréticas, entre otros aportes no menos importantes que ya se han señalado. En la crisis actual que abarca la economía y los valores de la cultura, se nos ofrece un momento propicio para reajustar los lazos de identidad que pueden auxiliar en el planteamiento de nuevos proyectos, actuando, igualmente, como refuerzo en los acuerdos económicos y las alianzas políticas.

América es una, en su conjunto, y diversa en su pluralidad. No hay futuro posible sin la participación plena, a la cual tienen derecho todas las etnias que la conforman. Cualquier rechazo a nuestras raíces indias, europeas o africanas, impide erradicar los conceptos racistas que, de una u otra forma, cuestionan nuestra identidad, pues como se ha afirmado, “todo pueblo que se niega a sí mismo está en trance de suicidio”.

La esclavitud africana en América, a partir de la trata negrera atlántica y el sistema esclavista, nos plantea numerosas particularidades dentro de la complejidad general. En esta basta problemática encontramos un denominador común que tiene su origen en América: el negro, es decir, el africano convertido en mercancía y en esclavo. Para estudiarlo como agente cultural, es preciso ubicarlo en los dos contextos que le dan origen. Por una parte, el de la trata negrera que lo capturaba en su hogar nativo y lo vendía en América, y, por la otra, en el sistema esclavista que le impuso el trabajo forzado en el régimen colonial americano para, de ahí, partir a sus orígenes y darle su dimensión cultural.

Con frecuencia se han empleado fórmulas matemáticas frías y rigurosas en la historia económica del negro. Pero para la historia integral de la trata atlántica se imponen otros procedimientos si lo que se busca es obtener una visión completa del papel sociohistórico y cultural del africano.

En una perspectiva teórica más actual, después de inventariar las fuentes documentales de que se dispone en países europeos y americanos, éstas deben utilizarse de diversas maneras y con distintos enfoques.

En reuniones internacionales, los expertos han examinado las repercusiones de la trata en África y en los países receptores, así como en los países europeos que la originaron se ha buscado obtener una evaluación no solamente de la importancia numérica de la población deportada de África sino, también, de las consecuencias sobre la evolución y el crecimiento de las fuerzas productivas en América, y del financiamiento de la Revolución industrial en Europa.

En efecto, diversos especialistas han examinado el enriquecimiento de las economías y el desarrollo industrial de los países europeos, procurado por el comercio de los esclavos, en particular, durante la fase de acumulación primitiva de capital, así como el enriquecimiento de las tierras receptoras de la mano de obra africana. Los numerosos estudios, que se han multiplicado particularmente durante los últimos quince años, han intentado hacer una evaluación de los mismos y, por otra parte, se han examina-

do las consecuencias de la mezcla cultural en las mentalidades y en las estructuras sociales y económicas en los países americanos.

Dentro de estos trabajos es importante el examen de las posiciones y la evolución de la doctrina de las Iglesias cristianas que intervinieron e incluso respaldaron y tuvieron intereses en el comercio de esclavos africanos, sobre todo en los siglos XVII y XVIII.

Sin embargo, ahora ya se hace necesario un estudio de conjunto sobre el papel de los africanos y los afroamericanos en el desarrollo económico, social y cultural de América; esto requiere la organización de redes de investigación interdisciplinaria integradas por especialistas, sobre todo de los países con población de ascendencia africana; de este trabajo de conjunto se derivarán nuevos conocimientos, aprovechando el avance y desarrollo de las ciencias sociales. Es importante, también, crear directorios e inventarios de las fuentes de documentación disponibles en toda América para el estudio integral, tanto de la trata como de la esclavitud, y de sus consecuencias económicas y culturales en todo el mundo.

En los coloquios y reuniones auspiciados en las dos últimas décadas por la UNESCO se ha favorecido la realización de los objetivos científicos apuntados, y se ha establecido, como necesaria, la vinculación de lo afroamericano con su tronco africano; para avanzar en esta tarea, compleja todavía, se requieren recursos que rebasan las posibilidades y presupuestos nacionales que se conceden a este campo de investigación. Los materiales impresos y la bibliografía existente, en muchos casos, no han transpuesto las fronteras del país en que se producen. No obstante, puede afirmarse que, actualmente, existe un creciente interés por difundir los valores de Afroamérica; así lo indican las innumerables expresiones culturales que incluyen al negro como tema y como protagonista en la literatura, poesía, música, danza, escultura y pintura. Pero éste no está presente sólo en las Bellas Artes, su ámbito ancestral y natural lo ubica en la cultura popular, es ahí donde habremos de buscarlo, porque es ahí donde siempre ha hecho sus mayores aportaciones.

Incluso, estas investigaciones, de tomarse en cuenta, podrían orientar los programas de desarrollo, asociados a los problemas característicos de los países de América Latina: el cambio social y cultural, la problemática de la reforma agraria, la educación y el mejoramiento de las condiciones de vida de la familia rural, y la de los barrios urbanos. Son problemas de interés mundial que tienen una gran importancia sociológica y política. En

los últimos cincuenta años, numerosos especialistas, desde diversas posiciones políticas, han estudiado las relaciones económicas entre negros y otras minorías marginadas en Estados Unidos, el Caribe y Sudamérica. Los negros siguen siendo tema en revistas y periódicos, y continúan estando relacionados con lo que se ha llamado las “subculturas” y con los movimientos de emigración a los centros industriales de los países del norte, ocasionando la desintegración familiar, los choques interétnicos y la formación de *ghettos* en zonas pobres. El tópico de las minorías y su asimilación a las culturas mayoritarias son, hoy en día, materias de gran discusión en libros, ensayos, revistas, periódicos, coloquios y reuniones internacionales.

Con las independencias de los países americanos, el negro pasó de esclavo a ciudadano; se cuestionó entonces, como en el caso de los Estados Unidos ya mencionado, su capacidad de asimilar los modelos de cultura anglosajona o latina, considerándose que su cultura, costumbres diferentes, formas de pensar y de sentir impedían o, por lo menos, ofrecían serios obstáculos para su incorporación a las sociedades americanas y a la cultura occidental. Es importante, por lo tanto, que hayan sido justamente las religiones afroamericanas las que, inicialmente, llamaran la atención de los primeros investigadores como Nina Rodríguez en Brasil y Fernando Ortiz en Cuba. En Haití se pensó también al principio que el vudú, como religión de la masa rural compuesta de negros, era el mayor obstáculo para el desarrollo económico y social de la isla. Sin embargo, fue en ese país, precisamente, donde se dio uno de los pasos del movimiento de la negritud, reclamando el reconocimiento del vudú como fuente cultural y no como un conjunto de “supersticiones”, ya que su desprestigio se debió, mayormente, al desconocimiento de esta religión. La ocupación estadounidense en Haití fue lo que despertó el nacionalismo de la élite, que los llevó a la toma de conciencia y a la unidad cultural. Todos los haitianos reivindican su herencia africana.

Lo anterior nos lleva a constatar que el estudio de la cultura de los negros en América se ha abordado desde una perspectiva más política que científica; desde el principio, la ciencia está bajo la influencia de una ideología, bien sea ésta una ideología racista, de rechazo a los valores de la cultura afroamericana o una ideología de reivindicación de esos mismos valores, como la del movimiento de la negritud.

A juicio de algunos autores, en las últimas décadas, la ciencia ha ido rompiendo sus nexos con la ideología; esta ruptura ha tenido el mérito de aplicar sistemáticamente los análisis y las teorías científicas al estudio de las supervivencias africanas, en lo que Roger Bastide llamó, como ya se ha citado, “Las Américas negras”. No obstante, no puede afirmarse que los lazos entre la ciencia y la ideología estén totalmente rotos; parecería que no es posible una neutralidad y una objetividad absolutas en una época como la presente, en la que el problema de integración racial y étnica se plantea en todo el mundo y en toda América, especialmente en países en donde dicha integración ha tenido épocas violentas. En el Caribe se da actualmente un gran movimiento religioso que recrea las antiguas formas de los cultos de santería de origen nigeriano; es como un segundo retorno a la africanía radicada en estas religiones llamadas sincréticas; se trata de una práctica de los grupos étnicos que hoy están en plena actividad y que realizan una reinterpretación de sus propias tradiciones. Con estas manifestaciones de identificación hacia lo africano se comprueba que la esclavitud, contrariamente a lo que se había pensado, no destruyó totalmente la cultura negra. Cuando se habla de la asimilación del negro americano no debe pensarse, por ejemplo, sino en el paso de la desorganización impuesta por el blanco a una reorganización de los núcleos negros, según las posibilidades y modelos que le permite la sociedad mayoritaria. Más aún, en la práctica cotidiana de algunas religiones como la santería, que comúnmente se tenía como “cosa de negros”, incorpora cada vez más a sectores no negros de los países en donde se practica. Estos rituales colectivos de convivencia religiosa dan como resultado la africanización del blanco; lo que demuestra que fue en el largo proceso de mestizaje, como negros, blancos e indios introdujeron nuevas formas de vivir, de bailar, nuevas creencias y hasta recetas culinarias originales.

Es oportuno recordar, en este punto, lo que Bastide proponía en su obra: “la ideología de la negritud nacida en las Antillas pretende enraizar de nuevo al negro americano en sus culturas ancestrales; el sabio que se inclina sobre los problemas afroamericanos se encuentra implicado, quiéralo o no, en un angustioso debate, pues de la solución que se le dé, saldrá la América del mañana”.

En la actualidad, es ya una efeméride en la historia de América la participación que tuvieron los afrodescendientes en las luchas de independencia en las filas de los ejércitos insurgentes; hubo negros y castas que

habían adquirido la conciencia libertaria a fuerza de resistir durante siglos a la dominación colonial luchando contra las fuerzas opresoras. De hecho, se les reconoce un papel importante en la liberación de nuestro continente, pudiendo afirmar que fueron los cimarrones, quienes, al minar el poder colonial desde sus cimientos, marcaron la ruta de la libertad americana; el caso de Haití: primer territorio libre de América, confirma que la idea de la libertad en América fue herencia de los esclavos africanos.

La oposición entre el negro y el indio se procuró, incluso por la vía legal, con prohibiciones, como por ejemplo el matrimonio entre negros e indias; evitando así que los descendientes, que adquirirían por ley el estatus de la madre, fueran libres. Innumerables procesos atestiguan la rivalidad racial entre indio y negro al decir que fue un invento del blanco no interpretamos que no haya existido, sino que esta oposición estuvo alimentada, mediante las mismas leyes, por el poder europeo.

A pesar de todo, el negro y el indio se mezclaron, y la fusión de sangres comenzó tan pronto como se establecieron los primeros contactos; pueden haber sido espontáneos o forzados, a pesar de las leyes, por lo propios amos, pero de esta unión múltiple y permanente se fue conformando la población de mestizos que, actualmente, son la mayoría de nuestras poblaciones, especialmente en Iberoamérica. El mestizaje, por consecuencia, significó la interrelación cultural y el surgimiento de civilizaciones que más propiamente debieran llamarse, como ya lo han propuesto algunos, culturas indoafroeuroamericanas.

Las consecuencias de la crisis de crecimiento, por la que el mundo atraviesa actualmente, deben combatirse en el terreno de la educación con la afirmación de la identidad, basada en el reconocimiento y la difusión de todas nuestras raíces. Dentro del marco de los acuerdos económicos entre países pobres y ricos, la cultura de los primeros parece estar en peligro por su desventaja material y, por cultura, entendemos la totalidad de las realizaciones de una nación, sean éstas de orden material o espiritual. Una de las primeras conquistas de la ciencia antropológica en el siglo pasado fue la de hacer reconocer que no hay sociedad sin cultura y que todos los grupos humanos son detentores de una herencia cultural, que no puede ser disuelta ni cancelada por un cambio en la estructura económica, siempre y cuando se mantenga tanto en el discurso oficial como en las instituciones educativas de carácter público y privado. Los acontecimientos en el mundo de hoy son elocuentes a ese respecto; los valores étnicos constituyen el reclamo general de la humanidad.

En América, los factores que caracterizan su evolución cultural residen, por igual, en el vigor de las culturas precoloniales, en los resultados del mestizaje durante los siglos de dominio colonial y en las transformaciones producidas durante los periodos de posindependencia. A este respecto, Vasconcelos escribió:

En la América española ya no repetirá la naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un sólo color, de rasgos particulares, la que salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha del genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal.

Y, Leopoldo Zea, escribe: “todos iguales entre sí por ser distintos, pero no tan distintos que unos pueden ser más o menos hombres que otros”.

Desde la conquista hasta nuestros días, los países americanos han estado orientados hacia la asimilación de los valores de Occidente, pero, por otra parte, la búsqueda de la identidad de las poblaciones producto del mestizaje es, aun hoy día, un propósito vital. Nuestra historia, en los dos últimos siglos es, en parte, la suma de las dificultades o logros por consolidar un proyecto de cultura nacional. En la nueva historia se deben incluir todos los procesos y movimientos culturales —como el de la negritud— que han contribuido a la formación de esa identidad como pueblos multiétnicos y plurales.

Hace falta, pues, para activar los factores de la identidad, escribir una nueva historia que incluya la de nuestros indios y nuestros negros, además de los europeos. En consecuencia, en varios países de América tendríamos que crear en los museos los espacios que difundan la existencia de nuestra tercera raíz africana y sus actuales expresiones.

Para realizar todas estas acciones debemos contar, ante todo, con los organismos internacionales y los que cada nación tienen a su cargo la tarea educativa; debe insistirse en estos foros en el trabajo conjunto de los especialistas que son el producto de años de preparación y de reflexión acerca de los problemas que plantea la educación de las poblaciones en los países americanos. Dice el pensador veracruzano Arreola Molina, “la historia no se derrumba, la historia sigue ahí, los pueblos que no valoran su pasado no son capaces de imaginar un porvenir acorde con su tránsito

por la historia". Por lo demás, son precisamente los pueblos de América quienes reclaman su identidad y la conservación de sus tradiciones.

Para proponer un debate en torno a la enseñanza de la historia multicultural de América se han propuesto, en varios foros internacionales, algunas recomendaciones que comienzan con un enfoque adaptado a sus variantes geográficas, teniendo como directrices:

- Método multidisciplinario (historia, sociología, antropología, economía, etcétera).
- La crítica, por igual, del paternalismo folclorista y las visiones centristas: el centrismo, blancocentrismo, negrocentrismo, etcétera, para ir hacia la visión americana de un fenómeno continental en un proceso esencial de autorreconocimiento.
- La erosión de la cultura de las poblaciones afroamericanas por una política dominante de desarraigo, donde su idioma, religión, vestido, vivienda, comida y modelos de comportamiento, junto con sus valores éticos y estéticos, que tratan de ser borrados en función de objetivos productivos, so pretexto de modernidad y desarrollo.
- Características de la sociedad bipolar donde las diferencias clasistas se unen con las diferencias fenotípicas.
- El doble movimiento defensivo del hombre negro americano: o renunciando a sus valores de origen que la cultura dominante le ha enseñado a despreciar, o refugiándose en ellos como recurso de identidad y sobrevivencia amparado en su cultura y su color.
- Revisar el pasado y el presente de las culturas portadas por los esclavos negros, la revitalización y readaptación de esas culturas en el mundo moderno, con el surgimiento de las nacionalidades africanas y los movimientos sociales que se expresan en las teorías de Marcus Garvey, la negritud de Aime Cesaire, el *black to África* de Jamaica o el *black is beautiful* de los años sesenta.
- El análisis de la negrofilia y la negrofobia como respuesta a los reclamos de los afroamericanos.
- Intentar el avance hacia una visión de auténtico autorreconocimiento, lo que significó y significa la presencia africana en América.

## BIBLIOGRAFÍA

- BARJAU, Luis, *La gente del mito*, México, INAH, s/f.
- BASTIDE, Roger, *Las Américas negras*, México, Alianza Editorial, 1967.
- BELTRÁN, Luis, *Africanía e identidad*, inédito.
- ELIADE, Mircea, *Lo sagrado y lo profano*, s/l, Guadarrama, s/f.
- LEVI-STRAUSS, Claude, *Mito y significado*, s/l, Alianza Editorial, s/f.
- MARTÍNEZ MONTIEL, Luz María, “Configuraciones”, *El Universal*, junio-septiembre de 1985.
- MELLAFE, Rolando, *Breve historia de la esclavitud en América Latina*, México, SEP-setentas, 1977.
- POLLACK-ELTZ, Angelina, *Panorama de estudios afroamericanos*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1972.
- QUINCE, Duncan, *Presencia negra en el Caribe, 500 años y una agenda de trabajo*, inédito.
- VARIOS AUTORES, *La trata negrera del siglo XV al XIX*, París, Serbal-UNESCO, 1970.
- VARIOS AUTORES, *Introducción a la cultura africana en América Latina*, París, UNESCO, 1970.
- VARIOS AUTORES, *Serie Nuestra Tercera Raíz*, vol. L, Primero y Segundo Encuentro de Afroamexicanistas, México, CNCA.
- VARIOS AUTORES, *África en América*, México, Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo-UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, octubre de 1982.
- ZEA, Leopoldo, “El mestizaje como utopía”, Suplemento Cultural *El Búho de Excélsior*, 11 de octubre de 1992.